

numeroso pueblo salió á recibirlo. Algunos llevaban palmas en las manos, otros esparcían ramas de árboles por el suelo, y otros extendían sus vestidos por donde él tenía que pasar; y conmovidos á su vista, gritaban llenos de gozo: *Hosanna al Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Con las cuales palabras públicamente le reconocían como Mesías y Salvador de los hombres.

Jesús echó una mirada á aquella ciudad y á aquel pueblo, y, pensando en las desventuras que le aguardaban, dijo llorando: *¡Ah! ¡Jerusalén, Jerusalén! ¡si conocieras cuánto te importan para tu salvación las cosas que en este día acaecen! Mas ahora tus ojos no lo ven. Llegará día en que te sitiaron tus enemigos, te pondrán en grandes aprietos, te destruirán, matarán á tus hijos, y no dejarán de ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita.*

Luego que hubo entrado en Jerusalén, todos los ciudadanos se conmovieron y, dando gritos de alegría, le acompañaron hasta el templo. Al llegar vió que se vendía y compraba en él públicamente, y como ya lo había hecho otra vez, echó á esos traficantes y dijo: *Mi casa se llama casa de oración, y vosotros la habéis trocado en una cueva de ladrones.* Al ver estos hechos asombrosos, hasta los niños, llenos de respeto, gritaban: *Hosanna al hijo de David.* Los príncipes y sacerdotes, que no oían esto de buena gana, decían á Jesús: *pero ¿oyes lo que dicen éstos?* — *Lo oigo,* les dijo: *pero ¿no habéis leído que de la boca de los niños se rendirá*

perfecta alabanza? Os digo que si éstos callaran, hablarían las piedras. El Señor se complace mucho en las alabanzas que le tributan los niños.



La última pascua. —A pesar de los manejos de los Escribas y Fariseos, Jesús no dejaba de predicar todos los días en el templo: de noche, sin embargo, se retiraba á casa de Lázaro en Betania, ó subía al monte de los Olivos. Como se acercara el tiempo en que debía empezar su pasión, quiso Jesús comer por última vez el Cordero pascual con sus discípulos. El día antes de su muerte, mandó á los apóstoles Pedro y Juan á Jerusalén, para que preparasen cuanto era necesario. Sentado á la mesa con sus discípulos, después de haber comido algo, de re-

mente se turbó y les dijo: *Uno de vosotros que está aquí sentado me entregará.* Al oír estas palabras, llenos de horror y tristeza, dijeron uno tras otro: *¿Soy yo tal vez, Maestro?* Jesús contestó: *El que pone conmigo la mano en el plato me entregará.* También Judas con horrible descaro se atrevió á preguntarle: *¿Soy yo, Maestro?* Y Jesús le contestó: *Sí, eres tú; mas ¡ay de aquel que me entregara! mejor le fuera no haber nacido.*

Esto no bastó, sin embargo, para hacer cambiar de propósito á Judas; antes bien se obstinó cada vez más en llevar á cabo su traición.

Institución de la Eucaristía. — En esta última cena el Salvador dió á los hombres la señal más evidente del amor que les profesaba, instituyendo el Sacramento de la Eucaristía. Hacia el fin de la cena dijo á sus Apóstoles: *Con gran deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros, antes que padezca.* Y, mientras decía esto, tomó pan, dió gracias á Dios, lo bendijo, lo partió y se lo dió diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo.* De igual suerte tomó un cáliz, lo bendijo y se lo entregó diciéndoles: *Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la nueva y eterna alianza, sangre que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados. Cuando hagáis esto, hacedlo en memoria de mí.* Así tuvo lugar la institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en que el Salvador, bajo las especies de pan y vino, nos entrega su Cuerpo y Sangre para alimento espiritual de nuestras almas, mediante la

facultad de consagrar, otorgada á los sacerdotes. Tengamos siempre presente que este Sacramento no es simplemente un recuerdo de lo que ha hecho Jesús, sino que en él se da al hombre el mismo Cuerpo y Sangre que Jesús sacrificó en la cruz. *El Cuerpo que será sacrificado por vosotros*, dice la Biblia.

Lavatorio de los pies.—Concluída la sagrada



Cena, Jesús se levantó de la mesa, se ciñó una toalla, echó agua en una bacía, y empezó á lavar los pies á sus discípulos. Al llegar á Pedro, éste le dijo: *¿Tú me lavas á mi los pies?* *Sí, Pedro*, contestó Jesús. Pedro replicó: *Yo no permitire jamás semejante cosa. Si no te lavare los pies, le volvió á decir Jesús, no tendrás parte conmigo.* Entonces

le dijo Pedro: *Si es así lávame no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.* Cuando hubo concluido de lavar los pies á todos los Apóstoles les dijo: *¿Sabéis lo que he hecho? Si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros tenéis que seguir mi ejemplo y lavaros los pies los unos á los otros.*

Con este hecho quiso el Redentor darnos ejemplo de humildad, y enseñarnos á no tener vergüenza de prestar cualquier servicio, siempre que ello importe una obra de caridad á nuestro prójimo.

La negación de Pedro y la venida del Espíritu Santo.— Concluída así la última cena, volvióse Jesús á sus discípulos y les dijo: *Poco tiempo permaneceré con vosotros. Una cosa os recomiendo encarecidamente, y ésta es que os améis los unos á los otros. Por esto todos conocerán que sois mis discípulos, si os amáis mutuamente.* Cuando dijo: *Poco tiempo permaneceré aún con vosotros,* Pedro le preguntó: *Señor, ¿adónde quieres ir? Yo te seguiré á todas partes, aunque tuviese que dar por ello mi vida.* Jesús contestó: *Simón Pedro, el demonio anda en busca de ti. En verdad te digo: Esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.*

Prometiébles en seguida que, después de su muerte y resurrección, les enviaría el Espíritu Santo, con estas palabras: *Si me amáis, observad mis mandamientos; y yo rogaré á mi Padre celestial,*

el cual os enviará el Espíritu de verdad. Él os enseñará todas las cosas, y os recordará cuanto os he dicho. Si yo no supiese á mi Padre celestial, el Espíritu Paráclito no bajaría á vosotros. Cuando haya venido os enseñará toda verdad. Yo os dejo, os doy mi paz, mas no como la da el mundo. Dió después gracias á su Padre celestial, salió con sus Apóstoles del Cenáculo, y se puso en marcha hacia el monte de los Olivos, que se halla á corta distancia de Jerusalén.

CAPÍTULO OCTAVO

Jesús en el huerto de Getsemani.—Traición de Judas.—Es herido cruelmente en casa de Caifás.— Pedro niega á Jesús.— Desesperación de Judas.— Jesús es llevado ante Poncio Pilatos.— Es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte.— Camino del Calvario.— Jesús en la cruz.— Conversión del buen ladrón.— Últimas palabras de Jesús.— Muere en la cruz.

Jesús en el huerto de Getsemani.— Llegado Jesús al pie del monte de los Olivos, entró en un huerto del valle cercano, llamado Getsemani. Encargó á los demás Apóstoles que se detuvieran, y El con Pedro, Santiago y Juan se alejó algo más para hacer oración. En este lugar fué precisamente donde el Salvador sintió todo el peso de las miserias humanas, que voluntariamente había tomado sobre sí. Oró, y, sumamente apesadumbrado, dijo á los tres discípulos: *Mi alma padece una tristeza mortal. Estaos aquí y velad conmigo.* Se alejó á la distancia de un tiro de piedra, y volvió á orar: *Padre mio, si es posible, pase de mi el amargo cáliz de la pasión; pero no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Como continuase orando con más fervor cayó en agonía, y fué tan grande la vehemencia de su dolor, que tuvo un copioso sudor de sangre, que empapó sus vestiduras y llegó hasta mojar el suelo. En aquel momento se le apareció un ángel que lo consoló. Después de esta larga oración volvió donde estaban los tres discípulos, y, hallándolos dormidos, les dijo: *¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, á fin de que no caigáis en tentación.*

Traición de Judas. — Jesús fué á orar tres veces, y concluía siempre diciendo que no se hiciera su voluntad sino la de su Padre celestial. Vuelto nuevamente á sus discípulos, y hallándolos vencidos por el sueño, les dijo: *Dormid y descansad. Ha llegado ya la hora en que seré entregado en manos de los pecadores. El que me hará traición está cerca.* Hablaba aún, cuando se le apareció Judas, acompañado de gente, armada con lanzas, palos, linternas y luces; se acercó á Él y le dijo: *Te saludo, Maestro;* y lo besó. Contestóle Jesús apaciblemente: *Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso me haces traicion?* Vuelto después á la turba, dijo con majestad: *¿A quién buscáis?* Le contestaron: *A Jesús Nazareno.* Y Él les dijo: *Yo soy.* A estas palabras cayeron todos en tierra, como heridos por un rayo. Luego añadió: *Si me buscáis á mi, dejad libres á éstos.*

Al ver que ponían las manos en su Maestro, llevado Pedro por un exceso de celo desenvainó la espada y de un golpe cortó la oreja á uno de los que

habían asaltado á Jesús, llamado Malco. Jesús lo reprendió, y, tocando después la oreja de Malco, lo dejó perfectamente sano. En seguida dijo á la turba: *Habéis venido á prenderme con espadas y palos, como si fuera un malhechor; he estado todos los días con vosotros en el Templo y no me habéis prendido. Pero esta es vuestra hora.* Dicho esto se entregó en sus manos, lo ataron y con malos modos lo llevaron á Anás y de allí á Caifás, el cual aquel año era pontífice de los Judíos. Presa del mayor espanto, huyeron los discípulos; solo Pedro seguía de lejos á su divino Maestro.

Aprendamos, por lo que acaeció á los Apóstoles, los grandes males que suele acarrear el descuido y la falta de la oración.

Es herido cruelmente en casa de Caifás.—Caifás interrogó á Jesús acerca de su doctrina y discípulos, y éste le contestó que nada había dicho en secreto, y que podía saber su doctrina por los que le habían oído. Uno de los ministros, creyendo que Jesús había con estas palabras faltado al respeto al pontífice, le dió una bofetada, diciéndole: *¿Así respondes al Pontífice?* Jesús, con admirable paciencia, no hizo más que contestarle: *Si he hablado mal, dímelo; y si bien, ¿por qué me hieres?*

Todos los que estaban reunidos en casa de Caifás, buscaban acusaciones para condenarlo á muerte. Mas, echando de ver el pontífice que carecían de fundamento todas estas imputaciones, dijo á Jesús: *Te conjuro en nombre de Dios que me digas si tú*



eres el Cristo, el hijo de Dios. Jesús contestó: *Tú lo has dicho; lo soy. Y me veréis sentado á la diestra de Dios venir sobre las nubes.* Al oír estas palabras Caifás se rasgó los vestidos y exclamó: *Ha blasfemado; ¿qué os parece?* Todos contestaron: *Reo es de muerte.* Animados los soldados por esta inicua sentencia, hicieron sufrir á Jesús, durante la noche, mil insultos y trabajos, y hasta llegaron á vendarle los ojos, y á herirle en el rostro, diciéndole: *Adivina: ¿quién es el que te ha dado?*

Pedro niega á Jesús. — Desesperación de Judas. — Por temor de que lo condenaran á la misma pena que á su Maestro, lo negó Pedro tres veces en casa de Caifás, asegurando que ni siquiera le conocía. Pero, al oír cantar al gallo dos veces, recordó lo que le había dicho el Redentor, que en ese mismo momento le dirigió una mirada cariñosa: se arrepintió de corazón, salió de aquel lugar peligroso, y lloró amargamente su pecado.

No hizo lo mismo Judas. La mañana siguiente, habiendo oído que su divino Maestro había sido declarado reo de muerte, fué adonde estaban los príncipes de la Sinagoga, y, entregándoles el dinero que le habían dado, les dijo: *He pecado, entregando la sangre de un justo.* A lo que le contestaron: *¿Qué nos va en eso? Piénsalo tú.* Él entonces, en lugar de arrepentirse, tiró los dineros en el templo, y huyendo desesperado, fué á ahorcarse en un árbol con un cabestro, y como se le abriera el vientre, sus entrañas se derramaron en el suelo.

Jesús es llevado ante Poncio Pilatos.— Aunque

Caifás pronunciara sentencia de muerte contra Jesús; sin embargo, como ya no tenían el poder supremo los Judíos, no podía ejecutarse si no recibía confirmación de Poncio Pilatos, enviado por los Romanos á gobernar la Judea. Conducido por este motivo Jesús ante Pilatos, fué acusado por los Judíos como alborotador de la plebe, y también de que impedía pagar el tributo al César y pretendía hacerse rey de los Judíos. Pilatos lo llamó aparte y le dijo: *¿Eres tú el rey de los Judíos?* Jesús le contestó que sí, y añadió luego: *Mi reino no es de este mundo;* esto es, yo no recibo la autoridad de los hombres, ni está mi reino constituido como los reinos de la tierra. Pilatos replicó: *¿De suerte que eres rey?* Y Jesús contestó: *Tú lo has dicho. Yo vine al mundo para dar testimonio de la verdad.* Pilatos le preguntó: *¿Qué es la verdad?* y sin aguardar contestación dijo á los que le acusaban que él no hallaba en Jesús causa alguna para condenarlo á muerte, y lo envió al rey Herodes Antipa.

Éste deseaba ardientemente verlo, confiando que obraría algún milagro en su presencia; pero Jesús no contestó á ninguna de sus preguntas. Por esto Herodes lo despreció, y hécholo vestir de blanco, cual loco, lo envió á Pilatos. Entre tanto las turbas instaban para que se le condenase á muerte; pero, conociendo Pilatos que era inocente, le quiso salvar; y como era costumbre poner por Pascua en libertad á un reo condenado á muerte, propuso al pueblo que escogiera entre Cristo y un asesino, llamado Barragás. Creía Pilatos que salvarían á Jesús; mas el

pueblo instigado por los Sacerdotes y los Fariseos, pidió á gritos que se pusiera en libertad á Barrabás. Entonces dijo Pilatos: *¿Qué haré con Jesús Nazareno?* y todos gritaron: *Sea crucificado, sea crucificado.* *¿Qué mal ha hecho?* preguntó Pilatos. El Pueblo frenético repitió: *Sea crucificado.*

Es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte. — Entregado Jesús á los soldados, fué despojado de sus vestidos; y tanto lo azotaron, que el cuerpo, como anunció Isaías, quedó hecho una sola llaga. Para burlarse después de él como rey, cubriéronle con un paño de púrpura, colocaron en su cabeza una corona de agudísimas espinas, y pusieronle por cetro una caña en la mano. Arrodiándose después delante de él, le decían: *Te saludamos, rey de los Judíos.* Fué conducido de nuevo á Pilatos, el cual, compadecido de él, lo sacó al balcón y lo presentó al pueblo diciendo: *Hé aquí el hombre.* Mas los Judíos, lejos de apiadarse, con más rabia gritaron: *Crucificalo, crucificalo.* A estas instancias repuso Pilatos: *¿Queréis que crucifique á vuestro rey?* Respondieron: *No tenemos más rey que el César.* Él replicó: *Tomadlo, pues, vosotros; yo no hallo en él culpa alguna.* A estas observaciones replicaron más furiosos: *No tenemos poder para darle muerte, pero según nuestra ley debe morir. Si tú lo pones en libertad, eres enemigo del César; puesto que, haciéndose rey, se rebela contra el César.*

Viendo Pilatos la inutilidad de sus esfuerzos para librarlo de la muerte, pues crecía la rabia y el

furor del populacho, hízose traer agua, y, en presencia de la multitud, lavóse las manos haciendo la siguiente protesta: *Soy inocente de la sangre de este Justo, arreglaos allá vosotros.* Todo el pueblo en masa, cegado por el furor, frenéticamente gritó: *La sangre de éste caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Jesús fué, pues, entregado por Pilatos en manos de los verdugos, los cuales le hicieron sufrir toda suerte de tormentos y después le vistieron sus hábitos y pusieron sobre sus hombros una pesada cruz.

Camino del Calvario.— Una vez fuera de la ciudad, se encaminaron hacia el Calvario para crucificarlo. En este doloroso trayecto, exhausto Jesús de fuerzas por la mucha sangre derramada, cayó agobiado bajo el peso de la cruz. Temiendo los verdugos que se les muriese por el camino, obligaron á un hombre de Cirene, de nombre Simón, á que le ayudase á llevar la cruz. Cerca ya del Calvario encontró Jesús á unas piadosas mujeres que lloraban amargamente, al ver los escarnios y ludibrios de que era objeto. Dirigiéndoles Jesús la palabra les dijo: *No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque vendrán días en que se dirá: «¡Bienaventuradas las que no tienen hijos! ¡Oh montes! ¡Oh collados! Caed sobre nosotros y sepultadnos...»* Con estas palabras anunciaba Jesús las terribles desgracias que sobrevendrían á los Judíos en la ruina de Jerusalén.

Jesús en la cruz. Conversión del buen ladrón.
— Llegado Jesús al Calvario fué despojado de sus

vestidos, extendido en la cruz, crucificado en ella con clavos en las manos y pies y en seguida levantado entre dos ladrones que habían sido crucificados con Él. Mientras de tal suerte pendía angustiado de aquel patíbulo, fué el blanco de los insultos, burlas



y blasfemias de la plebe. Como Dios Omnipotente, podía con una sola palabra barrer de sobre la faz de la tierra á aquellos inicuos que se mofaban de Él; pero, queriendo desde la cruz enseñarnos á perdonar á nuestros enemigos, se dirigió á su Eterno Padre y rogó por los que le habían crucificado, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Uno de los ladrones blasfemaba contra Jesús, mas el otro lo reprochó diciendo: *¿Tampoco tú temes á Dios? Nosotros recibimos la pena justa por nues-*

tros pecados; pero éste es inocente. Y, arrepentido de sus pecados, decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino. Su fe le hizo santo. En efecto, contestóle el Redentor: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Mientras acontecía esto, los soldados se repartieron los vestidos de Jesús, pero no dividieron su túnica, porque era inconsútil; y la sortearon.

De esta suerte se cumplió la profecía de David, cuando hablando del Redentor dijo: *Repartieron-se mis vestidos y sortearon mi túnica.*

Últimas palabras de Jesús. Muere crucificado.

—Estaban al pie de la cruz María, Madre de Jesús, María Magdalena, María hija de Cleofé y el apóstol Juan. Jesús miró á su madre é, indicándole con los ojos á Juan, le dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo. Vuelto en seguida al discípulo amado, añadió: Hé ahí á tu madre.* Desde aquel momento Juan consideró como Madre á la Virgen María; oscurecióse el sol y por espacio de tres horas las tinieblas cubrieron la tierra. Hacia la hora de nona, como Jesús dijera: *Tengo sed,* uno de los presentes puso una esponja empapada en vinagre, en la punta de un palo, y se la acercó á los labios. Por último gritó Jesús en voz alta: *Todo está consumado* y mientras decía: *Señor en tus manos encomiendo; mi espíritu,* dobló la cabeza y murió.

Seamos agradecidos, oh jóvenes, á nuestro Divino Salvador. Él padeció y derramó toda su sangre por nosotros. Amémosle de todo corazón y este mismo amor anímenos á guardar sus santos madamientos á costa de cualquier sacrificio.

CAPITULO NOVENO

Caridad de Jesús. — Milagros que siguieron á su muerte. — Jesús en el sepulcro. — Resurrección de Jesucristo. — Jesús se aparece á la Magdalena y á las demás mujeres. — Los discipulos de Emaús.

Caridad de Jesús. — Entre las muchas virtudes de que Jesús dió brillantes pruebas en su pasión, descuella el valor con que sufrió tantos dolores sin pronunciar una sola queja, y aún más que esto el amor que profesaba á los pecadores. Judas le hace traición y, á pesar de esto, lo recibe como amigo. Malco lo prende, y él le cura la oreja. Pedro lo niega, y, con una mirada cariñosa, lo convierte. Lo azotan cruelmente, cubriendo su cuerpo una sola llaga, y calla. Los verdugos lo clavan en la cruz, le insultan, blasfeman de él, y él ruega á su Padre celestial que los perdone. Mientras agoniza en la cruz, un asesino le pide perdón, y al instante le promete el paraíso. Caridad fué esta que no puede ser sino de un Dios, y que debe animar al cristiano á padecer por Él, y á perdonar, con generosidad, á los que le han ofendido.

Milagros que siguieron á su muerte.— Toda la naturaleza se conmovió, cuando murió el Salvador. Además de las tinieblas, que cubrieron toda la tierra, rasgóse el velo del templo, (esto es, la cortina que separaba el altar mayor del resto del templo); tembló la tierra, partiéronse las piedras, abriéronse los sepulcros, resucitaron algunos muertos, que desde largo tiempo estaban sepultados, y se aparecieron á muchos. Los mismos soldados, recogidos de espanto, y penetrados de dolor, decían: *Éste era un verdadero justo, era hijo de Dios.* En vista de tales y tantos prodigios, los que se habían hallado presentes ante aquel espectáculo volvían dándose golpes de pecho por el dolor de sus pecados.

Jesús en el sepulcro. — La ley de los Judíos prohibía que en sábado se dejaran en la cruz los cuerpos muertos; por esto se dirigieron á Pilatos para pedirle que hiciera quebrar las piernas á los que habían sido crucificados, con el objeto de que murieran más pronto y fueran sepultados. Esto hicieron con los ladrones que aún vivían, pero como Jesús ya estaba muerto, le traspasaron el costado con una lanza y de la herida salió sangre y agua. Entonces José de Arimatea, discípulo secreto de Jesús, se presentó valerosamente á Pilatos para pedirle su cuerpo y sepultarlo. Pilatos se admiró de que Jesús ya hubiera muerto y otorgó lo que se le pedía. Ayudado por Nicodemus, otro discípulo secreto de Jesús, José bajó de la cruz el cuerpo de Jesús, lo ungió, lo embalsamó, lo envolvió en una

sábana (1), y lo puso en un sepulcro nuevo abierto en la roca, donde ninguno aún había sido sepultado; cerró la entrada del monumento con una gran piedra, y se fué. Algunas mujeres, entre las cuales se hallaba la Magdalena, miraron bien dónde lo habían puesto y también se fueron.

Recordando los sacerdotes y los Fariseos que Jesús había dicho en vida que resucitaría, tres días después de muerto, se presentaron á Pilatos para pedirle que pusiera guardias de vista en el sepulcro. Pilatos les contestó: *Teneis soldados, custodiadlo vosotros*. Fueron, pues, sellaron la piedra y pusieron guardias á fin de que nadie pudiese apoderarse del cuerpo de Jesús y dijera después que había resucitado. Pero Jesús era Dios omnipotente, dueño de la vida y de la muerte, y podía resucitar cuando quisiese y burlar todos los artificios de los hombres.

Resurrección de Jesucristo.—Los profetas predijeron que el Mesías, después de haber sido crucificado por los de su nación, había de resucitar gloriosamente. También se cumplió en Jesucristo ese extraordinario acontecimiento. Permaneció tres días en el sepulcro, para que todos se convencieran de que había muerto de veras. La mañana del tercer día, Domingo de Pascua, se oyó un gran terremoto. El divino Salvador resucitó por su propia virtud y

(1) Esta sábana, después de muchos acontecimientos milagrosos, fué llevada á Turín, donde aún se conserva en la capilla Real, llamada de la santa sábana, contigua á la Iglesia Metropolitana de la misma ciudad.

salió glorioso del sepulcro con el rostro más radiante que el sol y los vestidos más blancos que la nieve. Resucitaron con Él algunos muertos y se aparecieron á muchas personas de Jerusalén. Atemorizados, ante aquel ruido y aquel prodigio, los solda-



dos que estaban de guardia, cayeron como muertos: y vueltos en sí, huyeron y contaron á los sacerdotes lo que habían visto. Éstos trataron de comprarlos, ofreciéndoles dinero, para que dijeran que mientras dormían, habían ido los discípulos y robado el cuerpo de Jesús. ¡Necedad de la obcecación Judaica! Si dormían, dice san Agustín, ¿cómo pudieron ver? Y

si estaban despiertos, ¿por qué permitieron que se lo llevaran?

María Magdalena, María madre de Santiago, y María Salomé, que habían ido por la mañana al sepulcro, lo hallaron abierto. Un ángel del Señor, bajado del cielo, había sacado la piedra que lo cubría y estaba sentado sobre ella. María Magdalena se apresuró á poner esto en conocimiento de los discípulos y los otros entraron en el monumento. Mientras estaban registrándolo, dos ángeles, con hábitos resplandecientes, les dijeron: *No temáis; Jesús Nazareno, el que fué crucificado, y á quien vosotros buscáis, ya no está aquí; ha resucitado. Id á buscar á los discípulos y anunciad á Pedro su resurrección.* Ellas salieron al instante, y, con grande alegría, fueron á buscar á los Apóstoles.

Jesús se aparece á la Magdalena y á las demás mujeres. — Luego que hubo avisado á los Apóstoles que el cuerpo de Jesús no estaba ya donde le habían puesto, volvíase María Magdalena llorosa al sepulcro, ignorando lo que había acontecido. Cuando llegó, se inclinó para mirar adentro, y vió dos ángeles, que le dijeron: *Mujer, ¿por que lloras?* Ella contestó: *Porque se han llevado á mi Señor y no sé dónde lo han puesto.* Dicho esto, se volvió y vió á Jesús sin conocerlo, porque había tomado las apariencias de hortelano, el cual le habló así: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Creyendo ella que fuera el hortelano del jardín en que se hallaba, contestó que buscaba á Jesús, y que, si él se lo había llevado, por favor se lo entregara. Jesús

entonces la llamó por su nombre y le dijo: *¡María!* Reconocióla al pronunciar esta palabra, y llena de gozo exclamó: *¡Maestro!* Postróse luego para besarle los pies; Jesús le mandó que fuese á avisar á los Apóstoles. Mientras la Magdalena se hallaba en marcha, Jesús se apareció también á las otras mujeres y les dijo: *Dios os salve.* Ellas lo reconocieron inmediatamente, y, después de haberlo adorado, fueron á Jerusalén para referir lo acontecido á los Apóstoles.

Los discípulos de Emaús. — Hacia el anochecer del mismo día Jesús se apareció también á dos discípulos que se dirigian al castillo de Emaús, y sin que le conocieran, se acompañó con ellos, bajo las apariencias de viajero. Preguntóles de qué hablaban y por qué estaban tan afligidos. Uno de ellos le dijo: *¿Eres por ventura extranjero, que no sabes lo que ha acontecido en Jerusalén?* Y le contaron cómo Jesús Nazareno había sido condenado á muerte y crucificado. *Nosotros creíamos, añadieron, que salvaría á Israel, pero ya han trascurrido tres días desde que acontecieron estos hechos. Por otra parte, algunas mujeres dicen que ha resucitado.* Entonces Jesús, desconocido aún por ellos, los reprendió con estas palabras: *¡Oh necios, y tardos de corazón en creer lo que han anunciado los profetas!* Y, empezando á explicarles las Sagradas Escrituras, les demostró como había sido anunciado que Jesús padecería antes de entrar en su gloria. Cuando hubieron llegado al castillo, Jesús fingió que tenía que ir más lejos, y ellos le rogaron que no